

ciden la suerte de los años eternos.—Todo son redes y seducción para esta edad que de nada desconfía.... ¿Cómo podría librarse de los peligros que le rodean un niño sin educación? ¡Dichoso por el contrario aquel que se ha acostumbrado desde pequeñito al yugo amable de la virtud!—El alma de un niño es tierra virgen que sólo espera cultivo para rendir el céntuplo. Si convierte á un pecador de avanzada edad, no podré impedir que su vida pasada haya sido permanente rebelión contra Dios; pero si educó bien á un niño, mi celo santificará todos sus días, y participaré de todas las buenas obras con que llenará su carrera...

PUNTO SEGUNDO.—*No hay otro ministerio más ventajoso para el que lo ejerce.* Encuentra en él méritos multiplicados: la caridad sobrenaturaliza todo lo que hace; su vida es una práctica continua de abnegación y mortificación.... Halla en él gracias abundantes, unidas á las oraciones y á la inocencia de los niños..... y por ellas una muerte llena de esperanza y felicidad.

MEDITACIÓN LXXVII

El buen pastor da preferencia al cuidado de los enfermos

- I. Porque ellos son el objeto de su caridad sacerdotal.
- II. Porque su negligencia traería consecuencias desastrosas.
- III. Porque sólo su exceso de celo puede hacerle recoger los frutos más sazonados.

PUNTO I

La asistencia á los enfermos considerada en su objeto

¿Cuáles son los que necesitan socorros, y qué clases de auxilios es preciso darles?

1.º ¡Oh! vosotros que sois los imitadores de la caridad de Jesucristo, así como sois también sus ministros, acordaos de lo que habéis visto en más de una

ocasión: al acercaros al lecho de un enfermo lo habéis encontrado abatido, desconsolado, lleno no sólo de sufrimientos y privaciones, sino faltándole aún el más precioso de todos los bienes, la paz del alma, la tranquilidad de la conciencia. Los dolores que soporta, el porvenir indeciso que teme, la indiferencia tal vez de los seres que le son más queridos, todo lo arroja en brazos de la más profunda tristeza. Nada es capaz de arrancarlo ni distraerlo de las sombrías reflexiones que lo agitan. ¡Ah! en estos casos un verdadero amigo es más que un rico tesoro! (1). Procurad ¡oh Sacerdotes! merecer este nombre á la cabecera de un desgraciado que es acreedor por tantos títulos á nuestro ternísimo interés. Ese que véis allí no sólo es miembro de la familia espiritual, sino que es vuestro hijo, tiene pues derecho á toda vuestra solicitud á todos los esfuerzos de vuestro celo, ya que siendo pastor os habéis obligado á sacrificaros por su salud.

Muchas veces decís: «Es una oveja descarriada, un hombre escandaloso que ha hecho de la religión el objeto de burlas sacrílegas, para despreciarlos, pero entonces, si su fe se despierta, ¡cuáles deben ser los remordimientos, las angustias y el terror de esa alma que ve tan cerca el terrible juicio por el cual tiene que pasar! «No, decís: es un impío encenagado en la maldad, esa alma no puede sentir el remordimiento saludable de la gracia, antes bien parece inquietarse bien poco por su terrible y eterna pérdida!» Mas, si desgraciadamente fuera así, entonces vuestra caridad, vuestra compasión no debe tener ya límites; sois vosotros los únicos que podréis encontrar en vuestra alma paternal, y en la gracia misma de vuestro ministerio los únicos recursos proporcionados á la extremidad del mal: si vuestra palabra, si vuestra dulzura no vence, postraos sin dilación al pie del Tabernáculo, abrid vuestro corazón á los pies

(1) *Amico fidei nulla est comparatio.... Qui invenit illum, invenit thesaurum.* (Eccli., VI, 15, 14).

del Salvador, suplicadle que encienda en vuestra alma ese fuego sagrado que El mismo vino á traer á la tierra, y luego corred á socorrer á esa oveja que el lobo infernal quiere arrebatáros. Jamás vuestra caridad se habrá ejercitado más provechosamente.

2.º Si de todas las gracias que recibimos la más preciosa es la de una santa muerte, ya que ella es la coronación de las otras, é imprime á nuestras virtudes el sello de la inmortalidad; si por otra parte el momento más crítico de nuestra vida es aquel en que esta se escapa, instante del cual depende toda nuestra eternidad ya que el demonio redobra en él toda su astucia y furor, evidente es que no podemos practicar caridad más grande hacia nuestro prójimo que la de ayudarlo á bien morir. Dentro de algunos días, después de una hora tal vez, esta alma va á pasar del reino de la misericordia al de la justicia; el tiempo de merecer va á concluir para ella; mas en los cortos instantes que le quedan de vida ¡qué pérdidas ó qué ganancia no se pueden sacar para asegurar su porvenir eterno! Fortificada por vuestras exhortaciones, y por los Sacramentos que van á santificar sus sufrimientos, á purificar sus faltas, á lavar sus manchas y satisfacer á la Justicia Divina, adquiriría la suficiente fuerza para poder resistir á las tentaciones, ya que una sola pudiera quitarle su corona. Si estuviese en pecado obligación es retirarla á todo trance de este abismo. En todo caso hay que preservarla de la última de las desgracias asegurando eterna é irrevocablemente la salud de su alma. El buen pastor siente inflamarse su celo, conmovirse su corazón lleno de santo entusiasmo al considerar por una parte la necesidad extrema que el alma tiene de sus auxilios y por otra que el gran bien que háse sellado por la muerte no está sujeto ya ni á la inconstancia humana, ni á los artificios de los espíritus de las tinieblas.

PUNTO II

Consecuencias irreparables que trae consigo la negligencia

Se pueden cometer algunas faltas en el sagrado ministerio, pocas ó ningunas tienen la gravedad de aquellas por las cuales el moribundo viene á ser la víctima. ¿Se ha faltado á una obligación sacerdotal? Tal vez esta falta no es irremediable: mas, si vuestra tibieza es causa de que un alma salga de este mundo en estado de pecado mortal, he aquí una desgracia, y desgracia absolutamente irreparable para aquella alma; y para vosotros ¡qué crimen! habéis dejado pasar el único momento de perdón que la bondad divina tenía reservado á esta alma, momento que no volverá; ya está juzgada, sentenciada y sin apelación.

Si el cadáver de un pobre puede gritar venganza contra su asesino avariento que le rehusó un pedazo de pan, figuraos la terrible acusación que un réprobo lanzará contra vosotros en el tribunal de Dios! «He aquí, Señor, al que habíais escogido para ser la mirada del ciego, el guía del viajero extraviado, el pastor á quien le habíais confiado mi salvación, me ha abandonado precisamente cuando sus cuidados me eran más indispensables. El debía esclarecer mi ignorancia, fortificar mi debilidad, ayudarme á recibir la muerte como la justa expiación de mis culpas. ¡Ah! si hubiera venido á mí como amigo y como padre, si me hubiera mostrado las riquezas que vuestra misericordia guarda para el más grande de los pecadores, yo hubiera cedido á llamamientos tan conmovedores. Mas no: cuando mis enemigos me cercaban por todas partes, él cruelmente me abandonó! Vos habíais derramado por mí tanta Sangre, y él ha rehusado hacer un pequeño esfuerzo, un ligero sacrificio para conservaros un alma que tanto os había costado!»... ¡Cuánta amargura encierra esta frase, tengo casi la seguridad que uno de los míos,

de mis feligreses, está ahora en el infierno y soy yo su pastor, su padre el que lo he precipitado! *Tot occidimus, quot ad mortem ire quotidie tepidi et negligentes videmus* (1).

PUNTO III

El verdadero celo debe esperarlo todo de los auxilios prestados á los enfermos y á los moribundos

El sagrado ministerio es una fuente de gracias y consolaciones para el buen pastor, ya sea á causa de las circunstancias en la que lo ejerce, ya por la cantidad de prodigios con que él está afianzado y revestido.

En el tiempo de la prosperidad nos es muy fácil olvidar á Dios y las verdades eternas. Los negocios, los placeres, el movimiento, el ruido del mundo, todo contribuye á disipar y á debilitar los pensamientos de la fe. Sucede lo contrario cuando la enfermedad se apodera de un hombre que se halla en el lecho del dolor, temiendo que al salir de él ha de encontrarse con los umbrales de la eternidad: entonces es más fácil que se rinda á las insinuaciones de la gracia. Disipándose las ilusiones, mira las cosas bajo su verdadero punto de vista. El convencimiento de que la ciencia humana es ya impotente para arrancarlo de la muerte, le hace volver sus ojos al Creador y revivir sus creencias. ¡A cuántos enfermos se les podrían aplicar estas palabras del profeta: *Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi!* (2). Yo vivía como si Dios no existiera, y sin acordarme que de El dependía. Mas me visitó la tribulación, y viendo desvanecerse á mi alrededor todas mis ilusiones como fantasmas vanas, comprendí al fin que apoyarse en las criaturas equivale á apoyarse en el vacío, y así he vuelto mis ojos y mi co-

(1) S. Greg.

(2) Ps., CXIV, 3, 4.

razón hacia el Señor, y he comenzado á temer su justicia, á esperar en su bondad y á suplicarle compadecza y socorra mi miseria. *Et nomen Domini invocavi.*»

La imagen de la muerte que se presenta con frecuencia al espíritu del enfermo lo invita á arreglar los negocios de su conciencia; entonces se halla muy dispuesto para oír la voz de su pastor. Su aislamiento por una parte, el convencimiento que adquiere de la vanidad de las cosas de la tierra, la calma de las pasiones, la enfermedad misma que lo hace más sensible ante las manifestaciones de los afectos que se le tributan..... ¡cuántas circunstancias favorables no encuentra vuestro piadoso celo!

Hay más, el ministerio cerca de los enfermos complace singularísimamente al compasivo corazón de Jesucristo, y El ama, y hace brillar su misericordia. Dios Criador y Redentor no quiere que se pierda para siempre la obra de sus manos y el precio de su sangre. En la misma medida que niega su gracia al soberbio, concede la indulgencia al que se humilla, y la muerte ¿no es la humillación más grande del hombre? De allí nacen esas ocasiones favorables. De allí viene sobre todo esa ardiente caridad que pone en el corazón del Sacerdote al enviarlo á la cabecera del moribundo. Muchos pastores poseídos de ese ardor han visto que todos los que han muerto en estas condiciones, esto es, que aquellos á quienes habían asistido en sus últimos momentos, que habían sido predestinados al Cielo. ¡Cuántas admirables conversiones no se cuentan, obtenidas en la hora de la muerte y en presencia del patíbulo por el humilde Sacerdote Bernardo, por San Francisco de Sales y tantos otros! Dice Fenelón que es una presunción horrible contar con movimientos de la gracia; mas aquel que nos ha prohibido esperarlos, se complace muchas veces en prodigarlos. Puede decirse que el prodigio de arrancar y salvar pecadores en su última hora es diario en la Iglesia (1).

(1) M. Boyer. *Serm. sobre la visita de los enfermos.*

Entrad en vosotros mismos y examinad si ha faltado vuestro celo en esta materia. Id al altar á recibir á este adorable Médico que ha visitado, consolado y curado tantos enfermos: suplicadle que cure ó preserve vuestra alma de un estado de tibieza incompatible con vuestro ministerio pastoral, sobre todo, cuando lo ejercitáis cerca de los moribundos. El no tiene necesidad sino de una sola palabra para ofrecer esta curación en el pastor y en el rebaño, y dirá esta palabra si es la fe viva lá que la solicita: *Dic verbo, et sanabitur anima mea.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La asistencia de los enfermos considerada en su verdadero objeto.* ¿Quiénes son los que necesitan socorros y qué auxilios pueden dárseles? La triste situación de un enfermo á quien todo le falta, pero sobre todo la paz del alma. El que sufre y el que teme.... ¡Oh Sacerdote! ese es vuestro hijo!... ¿Se trata de un pecador, de un gran impío?... Que vuestra compasión iguale á su desgracia. ¿No os moveréis á compasión si pensáis por una parte en la necesidad extrema que él tiene de vuestro celo y por otra en el servicio inmenso que váis á prestarle? Se trata nada menos que del irrevocable negocio de su salvación.

PUNTO SEGUNDO.—*Consecuencias desastrosas que traería la negligencia.* Si vuestra tibieza es la causa de que un enfermo salga de este mundo en pecado mortal, ¡qué desgracia, y qué desgracia tan absolutamente irreparable! ¡Qué acusación tan terrible no lanzaría contra vos en el Tribunal divino esta alma reprobada, que hubierais debido ser su salvador! *Tot occidimus, quo ad mortem ire tepidi et negligentes videmus.*

PUNTO TERCERO.—*El verdadero celo puede esperararlo todo de los cuidados que se prodigan á los enfermos y á los moribundos.* Mientras gozamos de salud y prosperidad, es fácil olvidar á Dios; durante la enfermedad la gracia penetra más fácilmente á nuestra alma. El aislamiento en que se encuentra, la

experiencia adquirida sobre la vanidad de las cosas de acá abajo fomentan el celo del buen pastor. Nuestro ministerio cerca de los enfermos agrada muchísimo al compasivo Corazón de Jesucristo y El que ama hace brillar su misericordia.

MEDITACIÓN LXXVIII

Grandes ventajas que reporta al buen Sacerdote el ejercicio de la caridad con los enfermos

- I. Para sí mismo y para su propia santificación.
- II. Para el honor y el fruto de su ministerio.

PUNTO I

Grandes ventajas que proporciona al buen Sacerdote la práctica de la caridad en los enfermos

Al practicar el Sacerdote con los enfermos la reina de todas las virtudes se le presenta ocasión de hacer las reflexiones más útiles, de practicar las virtudes más propias del sacerdocio y de merecer las más hermosas recompensas.

1.º Útiles reflexiones que puede hacer. Nosotros predicamos á los fieles en la cátedra de la verdad, ellos nos predicán con sus enfermedades, en el lecho del dolor. A cada uno de los que mueren se le puede aplicar aquello que Tertuliano decía de los primeros cristianos: le veo y entiendo lo que quiere decirme: *Dum videtur, auditur.*

Penetro en una habitación lujosamente amueblada y oigo el estertor de la muerte. ¿Quién es este desventurado? Ahí está hace algunos días; era uno de esos hombres á quienes el siglo llama dichosos. Poseía una fortuna fabulosa, todos le guardaban consideración y era dueño de cuantas comodidades y regalos el mundo apetece... ¿qué ventajas le reportan ahora esos bienes? Helos ahí. Sus delicias pasadas le acibaran y hacen más sensibles los dolores presentes. Del fausto y bullicio mundanales des-

ciende á una fría y solitaria fosa... Manantial inagotable de utilísimas reflexiones nos proporciona la vanidad de los bienes perecederos de este mundo! He ahí un hombre que los ha poseído; ¿qué le resta? Mi delicada misión me exige la visita á los enfermos: este es un joven. Su sana y robusta complexión y el vigor de su constitución le presagiaban una larga vida... Con todo él va á morir. Una fiebre violenta le consume, se hallan en él complicadas varias enfermedades, la ciencia se declara impotente, él expira..... ¡Qué recuerdos tan saludables nos prestan la fragilidad de la vida y la incertidumbre del momento de la muerte!... Y así puedo ir discurriendo de otras diversas situaciones que puedan ofrecerse en el desempeño de tan delicado é instructivo ministerio. Algunas veces los terroríficos ejemplos de la Divina Justicia me han llenado de espanto; pero otras me enternece con rasgos de inefable misericordia ó me edifica con ejemplos de heroica resignación... ¡Oh que ventajoso es meditar junto al lecho de los enfermos ó moribundos!

2.º *Virtudes que debe practicar.*—Sin hablar de la más excelente, la caridad, que entonces se ejercita en el más hermoso de sus campos de acción, allí practicas, Sacerdote virtuoso, la fe viva que descubre al Hijo de Dios bajo el velo de nuestras debilidades. Es á El á quien servís en sus miembros que padecen y obrando por este motivo todo es puro en las miras que te impulsan á obrar; aleja de ellas todo lo que pueda ser demasiado humano. No son ni la amistad, ni el bienestar, ni el interés, es el amor de Dios el móvil de todos vuestros pasos y solicitud. Practicas la dulzura, la paciencia, la mortificación.

A ejemplo del Salvador que se apresuraba más á visitar á los pequeños que á los grandes, á los pobres que á los ricos, al siervo del centurión que á la hija del príncipe de la Sinagoga; tú, ¡oh Sacerdote! debes ir lo mismo á la rústica y humilde cabaña que al opulento palacio, y si dieras preferencia que sea el pobre el favorecido. Puedes decir con S. Pablo: *Om-*

nium me servum feci... Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos lucrificarem (1). Sin ignorar que las enfermedades excitan la susceptibilidad, y que por ellas, se tiene derecho á mayor compasión, vuestro celo no se reviste nunca, como entonces, de formas más delicadas, ni de más atenciones y ternura vuestro lenguaje. Sobrellevas todo cuanto tiene de penoso este ministerio, que con frecuencia repugna á la naturaleza.

3.º Gracias y méritos inherentes al cuidado de los enfermos. Serán muy abundantes, pues pedirán muchísimo á Dios por vosotros las almas que habéis introducido en el Reino eterno y jamás olvidarán lo que os deben. ¿Os rehusará acaso Dios la recompensa cuando ellas se la supliquen? Es preciso hallarse en el Cielo para apreciar esos servicios.— ¿Qué decir del tesoro de méritos que acumuláis por un ministerio tan agradable á Dios? Si hay mérito en depositar la semilla de la virtud en corazones juveniles, ¿no lo habrá en asegurar los frutos para la eternidad por la santificación de los últimos momentos? Si cada una de las obras de misericordia espiritual y corporal, considerada separadamente, es de tan gran precio á los ojos del Señor ¿qué debemos pensar de un ministerio que las comprende todas, haciéndolas practicar de tan excelente manera?

¡Oh Sacerdotes! sed los ángeles consoladores de vuestros enfermos. Un día tendréis necesidad de la asistencia que se os pide para ellos. Si sois tardos en llevarles socorro en tan urgente necesidad, debéis temer que Jesucristo, herido en su corazón por esta negligencia, permita que muráis privados de los sacramentos; ó por lo menos que usando con vosotros la misma y escasa medida que habéis empleado para vuestros hermanos, os relegue entonces á algún Sacerdote frío, tan moribundo como vos. Dichoso, por el contrario, el pastor caritativo que se ha sacrificado por sus ovejas agonizantes. La bendición de aquel

(1) Cor., IX, 19, 22.

que iba á perecer y que fué salvado por él, le llegará en sus últimos momentos: *Benedictio perituri super me veniebat* (1). Cuidaréis, Señor, con solicitud de madre, el lecho en el cual reposa su cuerpo dolorido: *Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus* (2). Estaréis al lado de ese ángel que en vuestro nombre habrá llegado á sostenerle en su agonía; pondréis en los labios de su piadoso director palabras ardientes, consejos apropiados á sus necesidades. Y cuando comparezca delante de Vos, al salir de este mundo, con cuánta alegría le diréis: «Tuve hambre y me diste de comer... Estuve enfermo y me visitaste. No preguntes por otro motivo para la terna acogida que te dispense, y para el trono que te señalo:» *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus* (3).

PUNTO II

Grandes ventajas que reporta un pastor con su caridad hacia los enfermos, tanto para hacer honrar su ministerio como para prepararle su éxito.

Pocas prevaricaciones en los deberes del sacerdocio escandalizan tanto á los pueblos como el crimen del Sacerdote que abandona á sus enfermos, dejándoles despiadadamente sin asistencia en la muerte. Si se os encuentra culpable en cuanto á esto, vuestra reputación está perdida. Aun cuando tuvierais todas las demás buenas cualidades, solamente por faltaros esta habríais perdido por completo vuestra reputación; un solo moribundo abandonado os cubre de infamia ante los ojos de Dios y de los hombres.

Y así mismo, nada presta al ministerio pastoral mayor consideración, confianza y estima, que los cuidados paternales, la generosa abnegación que emplea un Sacerdote en la asistencia de los moribun-

(1) Job, XXIX, 13.

(2) Ps., XL, 4.

(3) Ibid., 2.

dos. Es eso lo que admiran aún los hombres menos cristianos, y frecuentemente hasta los incrédulos; eso les demuestra la divinidad de nuestra fe mejor que todos los razonamientos. Nada ven de extraordinario en las demás funciones sagradas, que no comprenden; pero nuestra constancia con los enfermos, el interés en socorrerlos de día y de noche, en el rigor de la estación, á cualquier distancia, por pobre que sea su morada y por humilde que sea su condición, sin otro interés que el de su dicha, á la cual sacrificamos gustos, reposo, salud, y aun la vida: todo esto les admira, les mueve con fuerza, les prepara y no pocas veces les convierte.

Si vuestra caridad empero ejerce tan bienhechora influencia exteriormente, ¿cuánto más edifica en el interior de una familia en cuyo duelo le lleváis tan preciosos consuelos? ¡Ah! no olvidarán nunca, no, lo que hicisteis para endulzar la amargura en la separación de esos hijos, que vieron expirar en vuestros brazos, no sólo resignados sino felices y llenos de esperanza á sus padres que les eran tan queridos. De este modo ganáis el afecto de vuestros feligreses, y el crédito que adquirís en medio de ellos aumenta la eficacia de vuestro ministerio. Se cree voluntariamente en la palabra de aquel que tan bien representa al Dios á quien predica; y se presta docilidad á la voz de un pastor á quien se ama y del cual sabemos que también nos ama: *Non te pigeat visitare infirmum; ex his enim in dilectione firmaveris* (1).

¡Oh! Señor y buen Jesús dad á vuestros pueblos muchos guías caritativos y de compasivo corazón. Haced que todos los fieles puedan decir de su pastor, hasta cierto punto, lo que decimos de Vos, Sacerdote eterno: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit* (2). Conceded á vuestra grey guardianes tanto más vigilantes, cuanto el peligro es mayor; enviad á vuestra viña obreros tanto más ardientes en el trabajo é infatigables, cuanto sus

(1) Eccli., VII, 39.

(2) Is., LIII, 4.

trabajos son más útiles á vuestra gloria, más necesario á las almas, más honrosos á la Religión y más meritorios para sí propios.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Grandes ventajas que el Sacerdote reporta para sí propio al socorrer á los enfermos.* Encuentra allí ocasión de hacer las más útiles reflexiones, de practicar las virtudes más sacerdotales, de merecer las más preciosas recompensas.—Reflexiones sobre la vanidad de los bienes de la tierra sobre la fragilidad de la vida..... ¡Ah! qué bien inmenso el meditar á la cabecera de los moribundos!—No es ni la amistad puramente humana, ni el bien parecer, ni el interés, es la caridad el alma de todos sus cuidados. Practica constantemente la paciencia, la dulzura, la mortificación... Puede decir con San Pablo: *Omnium me servum feci... Factus sum, infirmis infirmus, ut infirmos lucrificerem.*—¡Cuántas gracias obtiene por el reconocimiento de las almas que conquista para el Cielo! ¡Cuántos méritos para ese ángel consolador de sus hermanos! *Benedictio perituris super me veniebat.*

PUNTO SEGUNDO.—*Grandes ventajas que de la caridad hacia enfermos resultan para el honor y los frutos del ministerio sacerdotal.* Si un Sacerdote se muestra negligente en esta parte de sus deberes, puede tener por perdida su reputación; y así mismo nada nos proporciona tanta admiración y estima como nuestro celo en favor de los enfermos. Y ¿qué diremos de la feliz influencia que ejerce en una familia consolada, de la edificación que da á toda una parroquia? Se cree muy voluntariamente en la palabra de aquel que representa también al Dios de quien predica.

MEDITACIÓN LXXIX

La práctica del celo en los enfermos

- I. Se deben visitar con prontitud.
- II. Administrarles los Sacramentos sin dilación.
- III. Asistirlos aun después de la administración.

PUNTO I

Visitas á los enfermos. Como las dispone el buen Sacerdote. Como las hace

1.º Si los pastores fuesen fieles á aquella recomendación del Espíritu Santo: *Diligentes agnosce vultum pecoris tui* (1); si se mostraran con más frecuencia en medio de las familias, como ángeles de paz; si tuvieran cuidado de instruir á sus feligreses sobre la necesidad y la importancia de santificar las enfermedades y de recibir á tiempo los socorros que entonces ofrece la Iglesia á sus hijos; si les hablaran oportunamente de los deberes que tienen que cumplir mutuamente en esas circunstancias no tendrían ellos el dolor de ser llamados demasiado tarde para asistir á los enfermos ó de ser recibidos con esa turbación y desconfianza, que nunca debería inspirar nuestro ministerio consolador. Cuando la parroquia es religiosa, los motivos inspirados por la fe bastan para estimular á este fin la atención de los parientes y de los amigos los cuales se apresuran á advertirlo; pero en caso contrario el buen pastor emplea motivos de honra y humanidad; pues á toda costa se empeña en saber cuándo y en dónde es necesaria su presencia á sus ovejas. Procure que sus feligreses estén convencidos de que tiene para todos corazón de padre; que Dios le impone la obligación de sacrificarlo todo por su felicidad y que está resuelto á cumplirla; que no sólo no se le contraría llamándole

(1) Prov., XXVII, 23.